

DOS CUADROS DE MIGUEL CABRERA EN PUERTO RICO

Por René Taylor

En 1963 la Fundación Luis A. Ferré adquirió en el mercado londinense con destino al Museo de Arte de Ponce, Puerto Rico, dos obras del conocido pintor mexicano Miguel Cabrera (1695-1768). Con motivo de una exposición de pintura colonial hispano-americana en el Museo de la Universidad de Puerto Rico en Río Piedras, organizada por el profesor Arturo Dávila, han sido cuidadosamente restauradas por la señora Ingrid Marta Held. Se trata de dos pinturas ejecutadas sobre láminas de cobre, soporte utilizado con cierta frecuencia por el referido pintor dieciochesco para obras de tamaño menor. Representan a *Santa María Magdalena* y *Santa María Egipciaca*. Ambas miden 69.2 por 59.4 centímetros y están firmadas "Cabrera pinxit", la primera en el cielo al pie derecho de la santa y la segunda, menos visible, en la sombra de los nubarrones situados debajo del pie izquierdo. La desaparición de las espesas capas de barniz amarillento que las cubrían nos permite ahora contemplarlas en todo su rutilante esplendor.

La combinación de estas dos santas a manera de *pendants* nada tiene de particular. Se encuentran emparejadas tanto en la pintura como en la escultura. Al igual que el arrepentimiento de San Pedro y otros temas semejantes, la representación de estas dos santas obedece al deseo por parte de la Iglesia Católica de subrayar la importancia de los Sacramentos, en concreto en este caso el de la Penitencia. A partir del siglo xvi se hicieron más frecuentes debido a que los protestantes negaban que la Penitencia fuera sacramento. En ambos casos se trata de una mujer caída que por intervención de la gracia divina abandonó la vida depravada que llevaba y logró convertirse en santa. Pero lo que verdaderamente llama la atención en estas pinturas de Cabrera no es el tema en sí sino la inusitada manera de tratarlo. No nos hallamos, por ejemplo, en presencia de otra de tantísimas Magdalenas penitentes, refugiada en una lóbrega caverna, contemplando semidesnuda el crucifijo o una calavera, sino de una especie de apoteosis o gloria. Cae más bien dentro de la tradición de la Magdalena de Carreño en el Museo del Prado que, por ejemplo, las del Españolito, que se amoldan al tenebrismo realista.

El representar a estas dos santas arrodilladas sobre un cúmulo de nubes, rodeadas de angelitos y envueltas en resplandores divinos no

obedecía en este caso a un mero afán de lograr un efecto de apoteosis barroco. Se justificaba por los incidentes de sus respectivas vidas de acuerdo con la tradición todavía vigente en la época en que se pintaron.

La identificación de la Magdalena con la mujer que ungió los pies de Jesucristo en la casa de Simón el Fariseo (Lucas, vii, 37) con la hermana de Lázaro y Marta (Juan, xii, 3), con la María Magdalena que estuvo presente con la Virgen en la Crucifixión (Juan, xix, 25) y a la que luego apareció Jesucristo resucitado (Juan, xx, 14) es tradicional en la Iglesia de Occidente, si bien no existe base alguna en los Evangelios para justificar tal fusión. Pero fue en el siglo xi, en Francia, que la devoción a esta santa comenzó a propagarse en gran escala, estimulada por toda una serie de episodios adicionales que se encuentran relatados con gran prodigalidad de detalles en aquel famoso repertorio medieval de hagiología apócrifa, conocido por el nombre de *La Leyenda Dorada*. En parte estos episodios se basaron, como veremos, en tradiciones fraguadas en torno a su homónima, Santa María Egipciaca, que circulaban en el sur de Francia desde una época bastante anterior, de manera que la una comenzó a asumir varios de los rasgos de la otra, creando una especie de simbiosis que es precisamente lo que hallamos en estos cuadros de Cabrera.

Como la leyenda de Santa María Egipciaca es anterior a la de la Magdalena, conviene comenzar por aquélla. Según la tradición Santa María Egipciaca fue una meretriz del siglo v que vivió en la ciudad de Alejandría, en Egipto. Tuvo ocasión de viajar a Jerusalén y en el momento de entrar en la iglesia del Santo Sepulcro sufrió una repentina conversión. Se retiró al desierto más allá del río Jordán, donde vivió una vida solitaria y dedicada a la austeridad y penitencia. Una vez un ermitaño llamado Zósimo, que por casualidad pasaba por aquellos parajes, le dio la comunión. Un año más tarde, al acercarse el mismo ermitaño al Jordán con motivo de administrarle de nuevo la Eucaristía, vio con asombro que la santa se acercaba transportada por ángeles a través del aire. Cruzaron el río y la depositaron donde él estaba, tal era el deseo de la Egipciaca de recibir de nuevo el pan divino.

Este incidente, algo modificado, se incorporó a las leyendas que surgieron en torno a la Magdalena. Según éstas la santa, junto con Lázaro y su hermana Marta, abandonó la Tierra Santa en una embarcación sin velas ni remos, impulsada por ángeles. Desembarcaron al final de su periplo en el puerto de Marsella en el sur de Francia. Allí convir-

tieron y bautizaron a muchos. Posteriormente la santa se retiró a Sinte-Beaume donde vivió una vida de soledad y asceticismo. Siete veces al día bajaban ángeles para subirla al cielo, siéndole concedido disfrutar de la gloria eterna aún antes de morir. Queda evidente, pues, que en ambos casos el concepto de traslación angelical formaba parte integral de la tradición hagiológica de cada una.

En la representación de sus facciones el artista siguió la tipografía tradicional. A María Magdalena se la ve joven y bella, mientras que María Egipciaca tiene aspecto de mujer ya entrada en edad, esquelética y surcada por los años y sus austeridades. La primera, en contraste con el arte italianizante que suele representarla desnuda o semidesnuda, viste en este ejemplo una amplia túnica, mientras que la segunda está envuelta en una especie de esterado que se va destejiendo. Ambas tienen la cabellera suelta, aunque la de Santa María de Egipto, de aspecto canoso, es mucho más largo y le llega hasta las rodillas.

No faltan los atributos penitenciales propios de ambas. El más importante es por supuesto la cruz, símbolo del misterio de la Redención. Sostenidos por angelitos, contribuyen a la vez a acentuar la línea diagonal y dinámica del conjunto. La Magdalena consiste en un sencillo leño de gran tamaño, mientras que la de María Egipciaca, más pequeña, incorpora la efigie de Jesús crucificado. Ambas santas contemplan la cruz con mirada extática.

Hallamos además la calavera y el libro de los evangelios. Pero aparte de estos símbolos que tienen en común, cada una posee su atributo particular que la distingue de la otra: el jarro de ungüento en el caso de la Magdalena y el rollo de estera, sobre el que solía acostarse, en el caso de su compañera.

Es de suponer que en cuanto a la composición y manera de enfocar el tema el pintor se inspirara en grabados europeos, aunque el que escribe estas líneas no ha logrado todavía determinar con precisión cuáles pudieran haber sido. Sabido es que circulaban por el Nuevo Mundo en cantidades considerables, al igual que por otras regiones, y que fueron quizás el vehículo más eficaz para la transmisión de ideas artísticas y estilos nuevos. En este caso es posible que fueran grabados sueltos, pero es más probable que formaran parte de las ilustraciones de algún libro de contenido piadoso.

No vamos a pretender que estos cobres sean obras maestras. Tienen algo de provinciano y adolecen del empleo de ciertas fórmulas consa-

gradas, rasgo inevitable del sistema de rendimiento más o menos en serie que, según Toussaint, parece haber caracterizado la producción de Cabrera. Los angelitos, por ejemplo, adolecen de una fisonomía anodina y la falta de una clara estructuración anatómica. Se repiten los mismos tipos y ademanes. Las santas, por el contrario, están mejor resueltas, sobre todo Santa María Egipciaca, cuya representación constituye un indudable acierto. Basta con comparar el modo de tratar las manos en ambos casos para darnos cuenta de la evidente superioridad de esta última.

No cabe duda que el elemento más llamativo de estas pinturas sea su colorido. Éste siempre fue uno de los rasgos más característicos de Cabrera en obras de esta índole. En ambos ejemplos el fondo es de un vivo color cerúleo contra el que se destaca la claridad del resplandor divino que emana desde lo alto en sentido diagonal. El atuendo de las dos mujeres es más bien apagado, de acuerdo con su carácter penitencial. La Magdalena viste una túnica de sayal de azul oscuro y una capa marrón. La estera de la Egipciaca es todavía más sobria. Sólo los angelitos están envueltos en paños alegres de color azul y rosáceo.

En la ausencia de un cuerpo establecido de obras de factura indudablemente autógrafa, tarea que al parecer todavía no se ha emprendido, resulta difícil saber hasta qué puntos estos cobres, firmados por Cabrera, sean auténticos o productos de taller. En este caso nos aventuraríamos a insinuar que se trata de dos obras ejecutadas en gran parte por discípulos o colaboradores adiestrados. Luego el maestro se encargó de darle los toques finales.

En los últimos cincuenta años ha habido una tendencia por parte de la crítica a denigrar el grueso del arte dieciochesco. A este proceso sólo han escapado aquellos artistas que tienen un matiz "moderno" o "primitivo". Algo de esta tendencia se entrevé en los escritos de Toussaint para quien Cabrera no fue más que un hábil pintor decadente que logró acaparar gran parte de los encargos de su época en perjuicio de otros contemporáneos suyos quizás más aventajados. Sin embargo, la popularidad de Cabrera a algo se debía. Tuvo una destreza innata y la habilidad de satisfacer el gusto y las exigencias del medio ambiente en el que vivió. Se ciñó casi exclusivamente a la pintura religiosa y al retrato, pero no por eso deja de tener mérito. La revalorización de la pintura del Siglo de las Luces ya se está produciendo. No hay razón por la cual la misma no se inicie también en México con la producción de una serie



Figura 1. Miguel Cabrera. *Santa María Magdalena*.
Museo de Arte de Ponce, Puerto Rico.



Figura 2. Miguel Cabrera. *Santa Maria Egipciaca*.
Museo de Arte de Ponce, Puerto Rico.

de *catalogues raisonnés* de sus más importantes artistas, notablemente del “célebre pintor don Miguel Cabrera”, como se le tilda en las *Exequias reales* de 1767.